

**E.
HARO
TECLEN**

ENTRE LA PACIENCIA Y LA EXALTACION

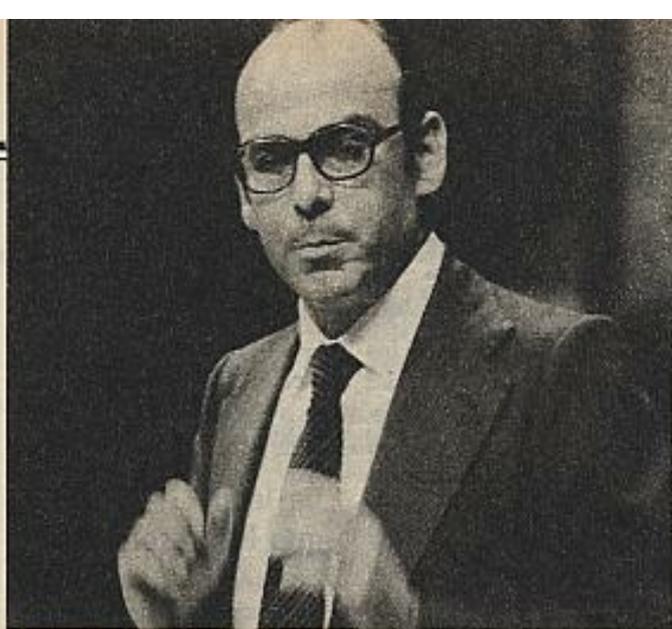
HUBO un tiempo lejano, y un político de aquel tiempo, que denunció que "España está sin pulso". Con toda clase de perifrasis y variantes, la frase se repite hoy frecuentemente. Hemos acuñado, sobre todo, la palabra "desencanto", que sin duda refleja una posición muy extendida. Convendría hacer una distinción entre lo negativo de una desasistencia civil al Gobierno de la nación —entendiendo por el Gobierno todo el conjunto de instituciones y diversos partidos políticos que lo realizan en el poder o la oposición— y lo positivo de una cierta facultad de digerir los acontecimientos. Si las tensiones que se lanzan sobre el pueblo español desde diversos puntos, sin dejar de recurrir a los criminales y los de excitación a la sublevación, encontrasen un pueblo menos defensivo, estaríamos ya en un caos. Hay que pensar que el retraimiento, el esfuerzo de indiferencia representan una forma de defensa. Esta resistencia a dejarse arrastrar por una forma de pasión va produciendo una escalada grave, durísima, de los medios para arrastrar a las gentes, bien indiscriminadamente, bien dirigiéndose a los cuerpos e instituciones que creen más susceptibles de reacción.

NATURALMENTE, cuando un individuo trata de anular algunas respuestas excitadas a una agresión exterior, no lo hace impunemente, produce un cierto desgarrón en su personalidad y una sensación de laxitud y de abandono que puede llegar a una situación de enfermedad, como se sabe bien en psicopatología. Con los pueblos sucede muchas veces como con los individuos. La necesidad de desprenderse de las incitaciones violentas, de evitar resurrecciones de guerra civil y, desde luego, de formas diversas de la dictadura pueden llegar a producir una atonía general que puede llegar a representar lo contrario de lo que se pretende. Es decir, a dar la sensación de un pueblo abandonista. En algunos aspectos de la vida nacional está dando ya esa impresión, que puede dar resultados funestos para quien la interprete mal. Los siglos y las experiencias han dado a este país una larga paciencia; también la han interrumpido con momentos terribles y a veces inesperados. Convendría quizá un poco menos de paciencia y un poco menos de exaltación. Parece que eso sólo lo da el ejercicio largo de la democracia.

Hay que pensar que el retraimiento, el esfuerzo de indiferencia de los españoles representan una forma de defensa.

EL nuestro es corto y poco asentado, poco claro. Si el pueblo tiende a esta defensa semipatológica del alejamiento, de la digestión lenta y adormecida de los grandes hechos, es porque no ha encontrado todavía el camino expedito para lo que la Constitución prevé como esencial: la soberanía popular. No se canaliza. El Parlamento nació disminuido: los cerrojos impuestos por el partido gobernante fueron desde un principio ostensibles. La disciplina de partido, que en buena democracia sólo debe actuar en casos extremos —y los partidos excesivamente disciplinados y unánimes eran, en otros tiempos, criticados por su falta de democracia— hace que las votaciones se repitan siempre casi con la misma exactitud matemática; los análisis de voto, tan importantes en otros países, apenas tienen significación en el nuestro. El enfrentamiento interno de los partidos con sus posibles tendencias o disensiones con la dirección les privan también de la necesaria agilidad democrática. Con o sin razón, a las grandes centrales sindicales se les atribuye una excesiva adherencia a los partidos que las inspiran o de las que salen sus cuadros principales. El juego de los consensos, las arbitrariedades doctrinales para participar —o intentar participar— en los mecanismos del poder posible son también demasiado visibles. Como las carencias ideológicas, los puntos de doctrina. Puede que todo ello sea inevitable, que sea la consecuencia de vivir en el mundo de lo posible y eliminar toda tentación utópica. Puede que la generalidad de los partidos no tengan otra opción en sus actuaciones y puede también que no tengan otra iluminación.





Se pronuncian frases como la de Abril Martorell, explicando que si es preciso trabajar gratis para salir de la crisis, hay que hacerlo.

EL resultado es que se está desplazando hacia la clase política dirigente la vieja opción feudal del "señor". Toda la historia de España, con la breve excepción de unos años de República, consiste en un desplazamiento de la noción de señor hacia entidades más distantes. La noción de señor produce estas dos respuestas: o dejarse llevar, sin participar —porque es inútil— o sublevarse cuando el grado de insoportabilidad es máximo, y aun sin tener en cuenta los resultados de esa sublevación.

POR todo ello, y para evitar este desplazamiento, es preciso deslindar muy bien lo que hay de respuesta serena a acontecimientos de provocación y lo que hay de patológico en un abandonismo general. Precisamente la mejor manera de desprenderse de la provocación y de no responder en el sentido planeado por los provocadores es no negar la participación. Los partidos son lo que el militante quiera y lo que el elector acepta: si hay formas aberrantes de dirección, aunque aparezcan como justificadas por los datos de lo posible, se tratará de forzar desde la base a los cambios precisos en la línea de esa dirección o en las personas que la ejercen; lo mismo puede suceder con los sindicatos y, de una manera más amplia, con el Parlamento y con las instituciones.

ES fácil decirlo: es más difícil conseguirlo. La prensa escrita, con todos sus matices y con todas sus limitaciones, que son muchas, está haciendo un esfuerzo considerable en ese sentido. Quizá por ello hay tantas dificultades actualmente entre la clase política y la prensa en general. La prensa escrita —salvo ciertos órganos que pertenecen o se manifiestan, precisamente, en la línea de la provocación— está exhortando continuamente a que el desencanto, la desmovilización, den paso a un sentido de participación y de actuación conseguidos dentro de las limitaciones de la ética y del respeto a los demás. Las exhortaciones no se dirigen solamente a la opinión pública, que forma al mismo tiempo su base y su arma, sino a la clase política en general. No parece que en este medio tenga una gran audiencia.

Y, sin embargo, el tema es de primera importancia. Es el futuro del país el que está en juego. No un futuro lejano, sino bastante inmediato. Atravesamos una crisis seria; la clase dirigente llama al pueblo a la colaboración, y lo hace como el señor llamaba a la obediencia. Incluso se pronuncian frases como la de Abril Martorell, explicando que si es preciso trabajar gratis para salir de la crisis hay que hacerlo. Sólo se puede apelar a la austeridad y a la disciplina civil del pueblo cuando se le dan posibilidades abiertas de una participación inmediata. De otra forma, sucede lo que está sucediendo: que nadie cree que se están refiriendo a él cuando piden austeridad o cuando se pide cualquier otra clase de esfuerzo colectivo. ■

Los
ConTeM
poRa
nEoS

EL AIRE COMO METAFORA

PARIS, decía Paul Eluard, "c'est un air qu'on respire". Madrid es un aire que ha dejado de respirarse. Y Bilbao. El aire en Madrid tan transparente que sólo Velázquez, que también era transparente, podía pintarlo. Pero se nos olvida que en tiempos de Velázquez, y aun después, Madrid era una ciudad embarrada, polvorienta, epidémica. La esperanza de vida al nacer en español en la época de Velázquez, era de unos treinta años. Al empezar el siglo sería de unos treinta y cinco años. En estos momentos debe estar en los setenta y dos o setenta y tres años. Algo no está tan claro en el pesimismo ecológico. En el supuesto, claro está, de que vivir más años sea una ventaja, idea sobre la cual se pueden emitir toda clase de dudas filosóficas. Aceptando simplemente el ideario biológico —vivir más tiempo, conservarse más— parecería que nuestra civilización —aunque sea la civilización de ellos— no es todo lo mortífera que parece.

Lo que es indudable es que produce un malestar. Y que parece que hay un desplazamiento en la busca de las causas de malestar. Remitirnos a las chimeneas de las calefacciones o a los tubos de escape de los automóviles es algo demasiado burdo para ser sencillamente aceptable. Hay quien prefiere remitirlo a la democracia: es una miseria.

El malestar de nuestra civilización es el malestar del rico que sabe de siempre —desde los autos sacramentales, por lo menos— que muere desnudo, que nada le va a salvar de su última pobreza. Y que vive con la angustia de que su dinero no le compra la felicidad, como en el viejo cuento de la camisa del hombre feliz (otra miseria de corte literario y de consolación evangélica). Nuestra civilización —la meramente occidental— es rica, y no le vale. Esa riqueza no ha conseguido recuperar el sentido de la vida que se tenía en tiempos materialmente peores. Se lo puede comprar todo con la ciencia y con la técnica, menos la mentira antigua: la mentira de un orden metafísico, la mentira de un paralo posible. Aquí o fuera de aquí.

Hay quien busca ese confort perdido en Wojtyła, hay quien lo busca en Jomeini. Eso parece más grave que buscarlo en la supresión de las calefacciones y del tráfico automóvil. Es aún más grave todavía ponerla —la esperanza, la *sale espoir* de los existencialistas— en Carter, o en Giscard o en Suárez. En esta cuestión de las poluciones y las contaminaciones hay todavía clases y diferencias.

Madrid es un aire qu'on ne respire pas, España ahoga. Pero ahoga menos que cuando el cielo velazqueño era puro y fresco, ahora menos que en la época de Franco. Es por ahí por donde se puede empezar a respirar, abriendo esa brecha. La calefacción, el automóvil, la fábrica, son elementos a depurar, pero sin perder demasiado tiempo en ellos. El ahogo es otro, la polución es otra.

POZUELO